
NARRATIVA POLICIAL
Julio César Mejía Gómez
LA MUCHACHA Y EL PERRO
HUARAZ
MMXX

NARRATIVA POLICIAL

Julio César Mejía Gómez

LA MUCHACHA Y EL PERRO



HUARAZ

MMXX

Julio César Mejía Gómez. Editorial Quipuskamayocs.

Hecho en el Perú/ Made in Perú

Huaraz, 2020

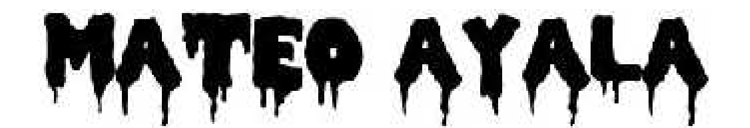
Diseño caratula: Dorian Burgos Torres

Contacto: jcemego@hotmail.com

Comamos, bebamos y matemos

que mañana moriremos.

¿ ...?



Una llamada anónima me avisa que hay dos cadáveres arrimados en la orilla del río Amaru. Hoy, 23 de octubre del año 20…, tengo que recorrer 30 kilómetros desde la ciudad de Qebuena. El carro cuatro por cuatro de la policía, lo desplazo a 100 km/hora para llegar aproximadamente en diez minutos al lugar donde descansan los occisos.

-A ojo de buen cubero, me parece que es un suicidio.

-Si los dos se amaban no tiene sentido que se hayan arrojado al río – respondí a mi colega apodado el Búfalo.

-Hay personas que amándose exageradamente deciden acabar con sus vidas por razones religiosas, morales, económicas, políticas, sociales.

-Si, pero podría ser que la pareja haya sido arrojada al río por algún perturbado.

-Verdad, hoy vivimos rodeados de psicópatas, asesinos, violadores, acosadores que; cuando hacen daño a alguien, recién lo descubrimos.

Yo estaba acostumbrado a recorrer la carreta curvada. Desde el sentido contrario, pasaban veloces carros de todo tamaño, dejando una estela de aire. Si había un choque, las consecuencias serían terribles. Como yo manejaba por el carril derecho pegado a la base de los cerros no me preocupé del peligro al abismo, por el cual como culebra zigzagueante bajaban las aguas del rio rumbo a la costa.

Desde la carretera hemos bajado la pendiente de césped verdosa, agarrándonos de los árboles de eucalipto. Llegando al borde del río bramador caminamos por una curva arenosa plantada de rocas. Rocas inmensas que seguramente en épocas de lluvia se bañan de las aguas turbias del río. Escucho el sonido monótono del desplazamiento armonioso de las aguas. Observo por unos minutos las aguas que suben y bajan sobre piedras bajo ellas y me mareo. Levanto la vista y veo que todo se mueve: los árboles, mi colega, las piedras el cielo, las nubes, los testigos que están observando a 50 metros de distancia de los cuerpos inertes. Recuperarme demoro unos minutos.

El primer cadáver yace de costado. Observo que los cabellos negros le pasan la espalda tapando parcialmente la tira del sostén, y

el pantalón Jean está húmedo manchado de barro y arena. Cinco metros más, está el otro cuerpo, boca arriba. Observo que en las tetillas y vientre hundido hay depósito de arena, igual en el rostro y cabello oscuro. Este también tiene como prenda un pantalón Jean. La estatura del cuerpo femenino y masculino es 1.68<1.73. La contextura de las dos víctimas no es obesa. Ambos están descalzos. Siento frío. El sol recién está iniciando su trayectoria semicircular de siempre.

La distancia de separación de las víctimas me hace suponer que cayeron de un mismo lugar. He fotografiado el lugar desde diversos planos y a los cuerpos también tanto vertical como horizontalmente. Lo que se me ha hecho difícil es dibujar un croquis a escala del lugar. Con un lápiz gastado he rayado líneas

y medidas que yo solo lo comprendo. Observo que ambas manos de las víctimas están desplegadas sin contener nada más que arena húmeda.

El Fiscal Belisario Juniet, un viejo jorobado, aparece una hora después. En presencia de él y usando guantes descartables, reviso los bolsillos de las víctimas. En la billetera del joven, oculta en el bolsillo anterior, descubro su documento de identidad: Santiago La Serna, edad: 26 años, soltero. La muchacha solo tiene el carné universitario enmicado: Jacoba Vela, de 21 años. El Fiscal ordena el levantamiento de los cuerpos.

Con la ayuda de mi colega colocamos la primera víctima en la camilla y empezamos a desplazarnos despacio. Descansamos y subimos, esa fue la rutina de media hora hasta

llegar a la pista y dejar el primer cuerpo en la parte posterior del carro 4x4. Al fiscal ya lo veo sentado en el carro de la fiscalía. Nuevamente regresamos con mi colega al río. Un rato descansamos al lado del cadáver de la muchacha. En ese lugar hacía frío, pero qué refrescante era el aire que se respiraba. Colocamos el último cuerpo sobre la camilla y emprendimos de nuevo el sacrificado recorrido rumbo a la pista. Agitados y sudorosos llegamos a la pista asfaltada de brea. Dejamos el cuerpo al lado del otro, ellos seguían juntos hasta muertos. Enciendo el motor y comienzo el retorno a la ciudad rumbo a la morgue.

Trasladamos los cuerpos al depósito de cadáveres. Tomás, el médico forense, se amarra su mandil blanco, coge un objeto filudo y corta los estómagos de los muertos. De este

órgano, el galeno recoge restos de agua negruzca mezclada con arena. Hecho los análisis de laboratorio a la sangre sólida de las víctimas, el médico identifica moléculas de vino en el del varón y vino mezclado con pisco en el de la mujer.

Las uñas de la muchacha, estaban limpias de restos de piel, sin embargo, hay un pelo negro y grueso de tres milímetros hundida en la hendidura de la uña meñique de la chica. Deduzco que hubo forcejeó antes de la caída. Ese pelo grueso no es de humano. El médico me dice que es pelo de animal. Mi hipótesis de la caída accidental es verosímil.

Según los cálculos del médico, los dos estudiantes de tez cobriza, murieron ahogados a la medianoche aproximadamente. Los moretones de los cuerpos, se constata que son de golpes contra las rocas del río. Sin

embargo, descubriendo las extremidades de los cuerpos, hay una huella de mordedura pronunciada en la pierna del varón. En la pierna de la mujer existe una mordedura que desgarró la carne. El médico me manifiesta que es distinguible a primera vista las huellas de los dientes de un animal. Yo me tranquilizo al dar por concluido mi investigación: una vaca no muerde, cornea. De noche es casi improbable que anden los vacunos. El único animal que pudo atacar a las víctimas fue un perro grande y fuerte. También podría ser un puma, un zorro.

Imposible detectar una huella dactilar o palmar extraña en los cuerpos. No hay orificios de bala, ni fisuras o cortes como para suponer que fueron acuchillados o extraídos sus órganos.

El médico forense coge una aguja grande y por el ojo de este, introduce un hilo grueso y empieza a cocer el estómago de los fallecidos, con hincadas no uniformes.

Después de tomar mi desayuno en el restaurante del mercado, me acerco a la Universidad Nacional Julio Ramón Ribeyro para conversar con los compañeros de la chica. Tengo suerte de encontrar a varios de ellos, pues a pesar del feriado, han asistido a dar un examen. Nadie quiere identificarse, dos estudiantes mujeres me cuentan que las dos víctimas fueron estudiantes de la Facultad de Ingeniería Civil y que anoche estuvieron en la verbena por el aniversario de la universidad.

De la oficina de la comisaría me llama el jefe, comisario Simón Guamán, para exigirme que yo trabaje día y noche en el caso y sustente mi trabajo con evidencias, la muerte

de los jóvenes. De lo contrario, el comandante me quitaría la confianza como jefe de la Oficina de Investigación Criminal.

Como dato complementario, Simón Guamán, me avisa que, al amanecer de hoy, mientras yo me trasladaba al lugar donde estaban los cadáveres de los jóvenes, los lugareños que habitan cerca del puente Cusi Coyllur, en el barrio de Amapola, habían salvado de morir congelado por el frío, a un joven. Este estaba dormido apoyado en la pared de una casa deshabitada a doscientos metros de dicho puente.

Fui al hospital con la intención de obtener algunos datos del joven desconocido. La enfermera, una muchacha de cabellos negros y sonrisa grata, me dice que el enfermo está dormido y muy abrigado, ya que presenta síntomas de hipotermia. Me facilita los datos

del enfermo: su nombre es Felipe Amat, hombre de 28 años de edad, estudiante universitario, piel cobriza, contextura gruesa y estatura de 1.75 m. La doctora me cuenta que los análisis hechos a Felipe han dado como resultado que tiene restos de alcohol y cocaína en la sangre.

Nuevamente regreso a la Universidad y pregunto a dos compañeras de Santiago si conocen a Felipe Amat. Las muchachas sin identificarse, me revelan que este era amigo de Santiago y compañero de estudios de las víctimas.

Descartada mis primeras hipótesis, colegí que estos dos sucesos tenían una relación muy estrecha. Felipe pasaba a ser sospechoso y era urgente su declaración.





QEBUENA, SORPRENDIDA POR MUERTE DE UNIVERSITARIOS

Por Blasco Vega

El día de ayer, en horas de la mañana se suscitó un hecho trágico. Los cuerpos de dos jóvenes fueron encontrados en un arenal, al borde de la orilla del río Amaru. Estos fueron identificados como Santiago La Serna de 26 años, natural de Qebuena, estudiante universitario de la Facultad de Ingeniería Civil y Jacoba Vela de 21 años natural de esta ciudad, estudiante universitaria de la misma facultad. La policía investiga el suceso. Declaraciones de testigos, afirman haber visto a la pareja subir a un taxi en compañía de un tercer acompañante. La policía ya identificó a esta persona que acompañó a los occisos. Este ha sido identificado como Felipe Amat de 28 años, natural de esta ciudad, compañero de estudios de Santiago. La Fiscalía ha ordenado su detención preliminar del acompañante, ya que, tiene que responder a muchas interrogantes de este caso. El sospechoso está internado en el hospital debido a síntomas de hipotermia, porque él fue encontrado en un rincón de una calle a doscientos metros del puente Cusi Coyllur, lugar de donde habrían caído los jóvenes universitarios. La policía maneja varias hipótesis: ajuste de cuentas por venta

de drogas dentro de la universidad, venganza sentimental, suicidio o caída accidental de los estudiantes. Testigos que prefieren declarar bajo anonimato, manifestaron a este diario que el joven fallecido estaba disfrutando de la verbena del día de anteayer, realizado en la universidad, en compañía de la joven Jacoba Vela que no era su pareja sentimental. Aparte de Felipe Amat, la policía tiene en la mira a otros sospechosos: el enamorado de la fallecida de nombre Pedro Gasca de 25 años, estudiante de la Facultad de Ingeniería Civil, flaco, 1.70 metros de estatura, propenso a los celos. La enamorada del occiso María Jesús Torres de 21 años, estudiante de enfermería de la universidad Nacional de nuestra localidad. Ella mide 1.75 metros; tiene la cara bonita; su cabello largo y oscuro; su contextura es delgada; el iris oscuro. Lo que sus compañeras resaltan es que esta chica es no amigable e impulsiva.

MAGDALENA NUÑEZ

María Jesús es amiga íntima y compañera de estudios. Ella me ha contado que está muy afectada por la pérdida de su enamorado. Yo culpo de la desaparición de Jacoba y Santiago, a Pedro. Este ha sido el enamorado de la fallecida. En la universidad, varias veces había discutido con mi amiga, porque ella se relacionaba con sus compañeros varones para hacer trabajos de investigación grupales. Una vez, en pleno recreo mi amiga fua atacada por sus manos atrevidas. ¡Cómo le aguantaba a ese hombre, Jacoba! Mi amiga decía que lo amaba y que, con él, solo con él sería feliz. En cambio, Pedro sí tenía derecho de tener amigas por doquier. Coqueteaba con varias chicas y delante de Jacoba las galanteaba. Mi amiga

era tímida se hacía la que no se daba cuenta. Algunas veces es inexplicable el amor.

La noche de la verbena, María Jesús me llamó por celular para confiarme que estaba muy estresada. Con Santiago había tenido una fuerte discusión y hace varios días que no se hablaban. Me comentó que esa noche estaba sentada en su comedor y muy aburrida. Sus padres, que eran negociantes, habían ido a repartir abarrotes a diferentes provincias. Planificamos nuestro encuentro para la fiesta de la noche. Salí rápido y me fui rumbo a la universidad. El campus ya estaba ocupado de muchos estudiantes. Además, de haberse iniciado el paseo de antorchas y la actuación. Gracias a mis buenas indicaciones encontré a María. Observamos los bailes y acrobacias de los danzantes de huayno que acompañaban a las cantantes que a cada rato mencionaban el

feliz aniversario de nuestra institución universitaria. Tuve ganas de bailar y acepté que un estudiante desconocido me invite a ello. María desairó al amigo del estudiante que me invitó a bailar. Las luces potentes dirigían sus rayos al estrado. El concierto se hizo más interesante, ya que entraron al escenario los integrantes de un grupo de rock de la ciudad. De lejos, observamos que Pedro estaba muy eufórico, con sus amigos. Jacoba no estaba con él.

Tuve ganas de ir al baño. Acercándome fui quedando sola y el lugar estaba medio oscuro. Así que me desanimé a entrar temiendo que algo malo me pase. Fui detrás de un salón, en un campito, y allí hice mi necesidad. Sin embargo, me asusté cuando vi acercarse a una pareja. Me arrinconé y no había duda que era Santiago y una chica. Esta no resistía el peso

de su cuerpo y Santiago la forzaba a internarse en la oscuridad. Cuando estuvieron cerca fue borroso la visión, pero la voz era de Santiago. En cambio, la mujer balbuceaba, como si estuviera muy borracha.

La pareja se internó más adentro del campo oscuro. Yo regresé del baño, tuve que hacerme camino para poder llegar donde mi amiga.

A ella no le hablé durante varios minutos. Estuve pensando si confesarle o no, lo que yo había visto. ¿Y si no era Santiago? Dudé hasta de mis propias percepciones. María estaba cansada. Ya no bailaba como sí los demás estudiantes que seguían el ritmo de los pelucones de la guitarra eléctrica.

Ella decidió regresar a su cuarto. Eran las once y media de la noche, que marcaba mi reloj sujeto a mi muñeca. Quise acompañar a mi amiga hasta la pista y detener un taxi,

anotar en mi brazo, con un palito, la placa del carro. María se puso terca y no quiso.

A la medianoche, los siete castillos artificiales empezaron a reventar botando por el aire luces de colores. Nuevamente descubrí a Pedro totalmente descontrolado. Buscaba entre los estudiantes diciendo “dónde está esa mierda de Santiago; dónde, esa puta de Jacoba”. Me escondí entre la gente.

PEDRO GASCA

Si Santiago está muerto, entonces Felipe es el responsable de la muerte de Jacoba, porque de los tres que salieron de la verbena, él es el único que está vivo. Él ha empujado al río a mi enamorada y su amante, no tengo duda de mi afirmación. Seguro que se han peleado entre los dos por tener a Jacoba. Me parece una ficción que mi enamorada me haya engañado con personas que conozco. Que estos manipuladores no hayan tenido moral para burlarse de mí.

Esa noche de la verbena, me encontré con Felipe, que estaba “picado”. Yo si necesitaba relajarme porque en la mañana, el profesor de topología rechazó mi informe de laboratorio

entregado dos días después de lo programado. A mi enamorada la mandé a su casa para que descanse. Para ella era peligroso estar en la verbena. Como en todo, ella me obedeció, eso fue a las cinco de la tarde. La dejé con ganas de que me acompañé.

Felipe me invitó una botella de vino tinto. Yo compré una botella de pisco. Horas después yo estaba más mareado que Felipe. Yo no podía caminar con "normalidad". Tuve que sentarme sobre una banca de concreto. Felipe me dejó. Mi cerebro no reaccionaba, estaba adormecido y con los nervios flojos. Yo miraba que la gente daba vueltas, miraba a las cantantes y se movían ante mis ojos. Todo lo que yo observaba giraba, hasta el suelo.

Marianela me encontró. Esta chica está enamorada de mí. Veo en sus gestos que quiere estar conmigo. Gracias a ella me informo que

Santiago y Jacoba se habían internado en la oscuridad del campo y que luego habían aparecido por la parte de atrás de la universidad y donde hay una calle no transitada. Felipe se les había unido y que Jacoba apenas podía ponerse de pie. Por eso la muchacha era llevada abrazada. ¿Jacoba? ¿No sería una equivocación? Jacoba estaba descansando en su casa. Los tres subieron a un taxi y se fueron con dirección al norte.

Tambaleándome fui desplazándome entre los concurrentes a la verbena. Pregunté la hora a un joven: “¡Once de la noche!”. Lo primero que pensé es en ir a la casa de Jacoba y comprobar su presencia. Calentado por el licor imaginé las perversiones al que sería sometida mi enamorada. Hice detener un taxi blanco yaris. El chofer me dijo que le pague por adelantado. De amargo le di diez soles.

Si digo que pasó tal como lo cuento es porque no miento. El carro donde yo iba se malogró. El chofer forzó el arranque del carro en vano. Me dijo que me baje. Yo le reclamé mi plata. Este me quiso pegar. Regresé de pie a la fiesta, muy triste porque perdí a Jacoba. Como remedio grandioso llamé a los celulares de los tres “fugitivos”, ninguno respondió. Ya no iba quererla después de lo que imaginaba que le harían mis dos rivales. Pero ella era de mí. A pie caminé una hora antes de llegar a casa de Jacoba. Llamé varias veces. La dueña de la casa me dijo que no fastidie a sus inquilinas o avisaría a la policía. Decepcionado y frustrado me fui a casa a aliviar mi dolor de cabeza.

MARIANELA SANTOS

No es cierto que Pedro sea responsable de la muerte de Jacoba, Magdalena se equivoca. No es que yo lo defienda. Yo fui la amiga más íntima de Jacoba. Y como amiga de ella, yo acompañé a ella a la verbena. Fui yo quien la inquietó para que se relaje un rato. Ella no quiso ir. Le tenía miedo a Pedro. Pero como ella me confió que Pedro tampoco iba a ir, porque tenía un examen de recuperación muy difícil, yo la forcé a ir, para que deje de ser muy tranquilita, callada. Fuimos solo para compartir la felicidad del onomástico de nuestra universidad. Me siento responsable de lo que le ha pasado a mi amiga más apreciada, mi amiga íntima.

Yo puedo garantizar que Pedro quería y adoraba a mi amiga. La cuidaba mucho. Solo él era quien tenía derecho de comprarle todos los regalos para ella. Le compraba dulces, ositos, relojes, pulseras, un collar. Pedro y Jacoba nunca tuvieron siquiera una discusión leve, él decía esta cosa es así y ella obedecía. Es que se amaban, se querían mucho.

Esa noche de la verbena, las dos amigas, estuvimos juntas como media hora. Alguien la llamó por celular y luego ella me dijo que no me moviera del lugar, que regresaba en un momento.

Por boca de Berenice, otra compañera de estudios, me he enterado, cuando ya pasó las cosas, que esa noche en que se ausentó Jacoba, fue Santiago quien la llamó por celular a mi amiga con el pretexto de comunicarle la lista de desaprobados del curso de topología.

A este se le ocurrió hacerle una broma a mi amiga. Fue sencilla la broma: darle un vaso descartable con vino. Berenice me contó que Jacoba empezó a decir incoherencias. Ella pidió otro vasito más y otro. Se transformó en otra mujer: bailó moviendo exageradamente las piernas. Berenice dijo a Santiago que se les había pasado la mano. Los otros dos amigos de Santiago desaparecieron del lugar no queriendo involucrarse de lo que le sucedía a Jacoba. Santiago le dijo a Berenice que se llevaría a Jacoba a casa, porque estaba muy mal.

Sospeché que Santiago se aprovecharía de mi amiga y me animé a alcanzarles en la oscuridad y luego en la calle posterior de la universidad. Llamé a Jacoba tan fuerte, que mi voz nadie escuchó. Encontré a Pedro sentado sobre un balde de aceite, tambaleándose. Le

conté de Jacoba. Pedro me miró incrédulo. Apenas podía mantenerse en equilibrio. Se levantó en busca de su enamorada.

Me encontré con amigas del colegio y bailamos hasta la madrugada.

FELIPE AMAT

Marianela es la culpable de la muerte de Santiago y Jacoba. Tengo la certeza que ella nos siguió esa noche. Me acuerdo que llamaba a su amiga desde la oscuridad. A mí, Santiago me invitó para que yo lo acompañe a casa llevando a Jacoba, porque le dolía la cabeza. Él me dijo que quería tener un testigo para que se sepa que no se había aprovechado de ella. Salimos por la puerta posterior porque no queríamos que las autoridades de la universidad descubrieran el estado de salud de Jacoba. Tomamos un taxi y Santiago apuró al chofer del yaris plomizo. Miré mi reloj, era las once y media de la noche. Con la mirada le confesé a Santiago que yo no tenía dinero para el taxi. Él tampoco tenía plata.

Jacoba despertó a la frenada del chofer que nos mentó la madre. Arrancó veloz sin dejarnos bajar al frente de la casa de Jacoba. Se puso loco el chofer y no hizo caso de nuestras súplicas ni explicaciones. En un lugar oscuro y a varios kilómetros de la ciudad frenó el carro. “Bájense-concha-de-sus-madres”. Yo no quise bajarme del auto, en cambio Santiago y Jacoba se bajaron rápido. El lugar era medio oscuro. El chofer abrió la puerta, me jaló y me pateó varias veces el vientre dejándome tirado en el suelo, y arrancando su auto, se regresó a la ciudad. Lloré del efecto del golpe y levantándome a tientas caminé en medio de la oscuridad para alcanzar a mis amigos. A cada rato yo sentía en la espalda láminas de frío insoportable. Logré ver a mis amigos a una distancia de cincuenta metros. Cuanto habríamos caminado. Qué alivio fue ver la luz

de los postes. Santiago y Jacoba estaban pasando un puente. De sorpresa aparece un perro negro y corpulento, parecido a un puma. Sin dar tiempo a reaccionar atacó a mis amigos. Los dos desaparecieron tras pasar la baranda del puente. Me asusté, retrocedí. Ese perro seguía en el puente. No pude pasarlo para avisar a sus familiares de mi amigo, cuya casa estaba ubicada a cien metros del puente. Me arrimé en la pared de yeso deteriorado de una casa. Era mejor descansar un rato para recuperar mi equilibrio corporal. Desperté al amanecer, rodeado de gente que me observaba. Escuché el bramido lejano del río. Vi árboles, casas y chacras.

Marianela tiene un Rottweiler. Seguro ese atacó a mis amigos. Marianela es capaz de matar por amor.

MARIA JESUS TORRES

Yo quiero ayudar en la investigación de la muerte de Santiago. Es obligación del Fiscal, ese señor de cabello teñido y cara despellejada, empeñarse en avanzar con su pesquisa. Son días que han pasado y no hay siquiera un esclarecimiento vago de lo que le ocurrió a mi enamorado. Mi adorado Santiago a quien extraño mucho. Hasta ahora no es creíble para mí que haya desaparecido. Añoro sus caricias y su buen trato. Me duele que un joven solo haya tenido pasado y presente y no tenga futuro.

Yo no tenía planeado ir a la verbena, sola. Con Santiago tuvimos una peleíta simple sin importancia. Yo suponía que Santiago no iría a la fiesta, pues él tenía que dar su examen

de recuperación del curso de topología al día siguiente.

Confieso que me relajé en la verbena. Con mi amiga Magdalena nos divertimos un rato. Esa noche había también gente que no eran estudiantes. Parcamente no exageré en bailar sola disfrutando de las cantantes folklóricas. Lo más interesante fue cuando empezó el concierto de rock. Magdalena se fue al baño. Marianela, amiga de Jacoba y compañera de salón de Ingeniería civil en el que Santiago cursaba el sexto ciclo, me vio y puso un gesto de enojada. Yo nunca le hablé, tampoco tenía derecho a mirarme con rencor. Sin embargo, ella me contó que Santiago estaba en la fiesta y divirtiéndose con otra chica. Como yo sabía que ella le hacía coqueteos disimulados a Santiago no le creí. No

obstante, la duda se apoderó de mi pensamiento. Me dejó intranquila.

Después que Magdalena regresó del baño, su gesto había cambiado. Le noté que quería decirme algo grave, pero me miró con pena. Me molesté que una amiga no confiara en mí. Entonces, confirmé lo que me había dicho Marianela. A mi amiga le dije que yo deseaba irme a casa. Ella se puso terca diciéndome que me acompañaría hasta la calle y anotaría la placa del taxi por si acaso. Yo tuve que decirle levantando la voz que yo sola podía irme. Me hice el salirme, y cuando ya no me alcanzaba su vista me escondí y nuevamente entré al concierto por otro lugar. No le di importancia al concierto. Mi mente estaba ocupada en encontrar a Santiago. Descubrir su infidelidad, darle sus cachetadas por burlarse de mí e irme a casa a descansar. Fue

en vano mi estadía en el concierto. Así que saliendo de la universidad tomé un taxi y me dirigí a casa.

Bajé del taxi, aproximadamente a once cuarenta. Mi perro negro Rottweiler despertó y dio unas mordidas al aire. Me conoció este y me saludó con su cola. La puerta de madera vieja y despintada de mi cuarto que daba a la calle, la abrí. Desaté a mi perro y los dos entramos a mi cubo cálido de paredes de adobe. Prendí el foco medio opaco, pues este tenía puntitos negros en su superficie. Una bolsa de color azul estirada clavada en las vigas, cumplía el papel de bóveda. Me dejé caer sobre la cama sin despojarme de mi ropa. La idea de ir a la casa de Santiago y esperarlo hasta que se presente se me hizo obsesiva, pero me quedé dormida.

Los ladridos furiosos de mi perro me despertaron. Me di cuenta que me había olvidado de apagar la luz. Eran las once y cincuenta. Me pareció que me había dormido, pero solo fueron minutos. Imaginando que Santiago me estaba engañando, una furia se prendió y me pasó como un escalofrió por la espalda. Tras calmarme llamé a mi amiga Magdalena. Hablamos como un minuto. ¿Aló? No te escucho nada, me respondía ella. Demoré tres minutos en ir al baño. Se me ocurrió ir a la casa de Santiago y ver si estaba en su casa, para descubrir la mentira de Marianela. Solo siete cuadras nos separaban. Como era medianoche llevé a mi perro con una cadena para que me cuide de los rateros.

Yo me encontraba a tres cuadras del puente. Vi a tres personas en el lugar. Uno de ellos empujó a los dos restantes. Mi perro se

desesperó por enfrentarse con varios perros de las casas cercanas que ladraban y aullaban por la presencia de los desconocidos. Temiendo ser involucrada en lo sucedido no avancé la última cuadra para llegar a casa de Santiago y me regresé a casa haciendo bastantes esfuerzos por retener a mi perro.

PASCAL YUPANQUI

El sábado, ochos días después de la muerte de los jóvenes universitarios, mi amigo Mateo Ayala, especialista en investigación criminal, me invitó a comer un rico ceviche. Caminamos por la calle y observé que se agitaba en la subida. De sus 36 años de vida, trece años lo tenía dedicando a la investigación de crímenes que ocurrían en nuestra ciudad de Qebuena que, rodeada de nevados color espuma y de bosques de eucalipto, no era el lugar tranquilo que antaño fue.

Recorrimos el jirón Manco Inca, pavimentada hace muchos años, en cuyos costados había

casas de adobe y de ladrillo. Después de ocho cuadras de recorrido llegamos a la cevichería: “El pez”.

La jaladora, una chica bonita y de boca pintada, cuyo cuerpo olía a perfume refrescante, nos invitó a pasar al interior del local. Nos sentamos en uno de los rincones libres y pedí a la moza, una jarra de maracuyá. La moza trajo la jarra con el líquido amarillento y un pocillo de cancha salada y grasosa.

Mi amigo se puso serio, comentando su preocupación por el caso de la muerte de los universitarios. Los padres y familiares de los jóvenes fallecidos le presionaban para descubrir a los culpables del “asesinato”.

Felipe Amat, el último en hablar con los estudiantes muertos, niega que él haya empujado a sus compañeros. Su arma de defensa

es que él vio que un perro mordió a los occisos. El Fiscal, un ducho en confesiones, día a día le ha estado diciendo a Felipe que tú no eres estudiante. Tú no eres Felipe Amat. Tú eres un asesino culpable de la muerte de dos jóvenes que no conoces. La culpa es de ti, confiesa.

La presunción de Mateo es que Felipe ha estado drogado con algún estupefaciente potente cuando empujó al río a sus compañeros. Y luego se hizo el dormido para desviar el descubrimiento del crimen. Para sustentar esta hipótesis, es esencial los resultados del examen toxicológico de cabello, de este presunto asesino, y que podría conocerse en un mes aproximadamente.

Pedro, el enamorado de Jacoba, tiene su coartada: que él estuvo en la casa de Jacoba y luego se retiró a su casa.

La coartada de María Jesús es que vio el crimen estando a tres cuadras de distancia.

Para divertir mi raciocinio decidí aplicar el razonamiento matemático en la resolución de este misterio. Los problemas de verdades y mentiras se adecuaban a este caso policial. Pedí a mi amigo cuyo cabello oscuro se movió por un repentino viento, para que me cuente las afirmaciones o negaciones de los implicados. Comimos el ceviche de pota. En la lengua sentí la combinación de limón, cebolla, rocoto.

Habló Mateo. En su piel cobriza se formaron arrugas, pero sus pensamientos expresaron ideas de las cosas, con todos los detalles posibles para una comprensión sencilla. Anoté en un papel la síntesis:

Magdalena, amiga de María Jesús, culpa a Pedro, de la muerte de los jóvenes, quién es pedro; enamorado de Jacoba.

Pedro, enamorado de Jacoba, culpa de la muerte de su enamorada a Felipe, su ex amigo, quien acompañó esa noche a Santiago y Jacoba.

Marianela, amiga de Jacoba, defiende a Pedro. Ella dice que lo que declaró Magdalena no es cierto.

Felipe, amigo de Pedro, culpa de la desaparición de la pareja de jóvenes a Marianela. Se sustenta en que esta está muy enamorada de Santiago y que estaba muy celosa con Jacoba.

María Jesús, enamorada de Santiago, afirma que ella es, no culpable.

Hay dos declaraciones que se contradicen; ellas son de Magdalena y Marianela. Habiendo

encontrado las premisas contradictorias, los demás enunciados se tomarán como premisas falsas.

Si la afirmación de Pedro es falsa, entonces Felipe es inocente. Si el enunciado de Felipe es falso, se deduce que Marianela es inocente. Si María Jesús afirma que es no culpable, se colige que su afirmación es falsa, por lo tanto, ella es no inocente.

Seguimos deduciendo: Marianela afirma que lo que declaró Magdalena culpando a Pedro, no es cierto. Es verdad, ya deducimos que María no es inocente, por lo que la declaración de Magdalena es falsa.

Mateo, formado con el método científico, quedó asombrado de mis deducciones, sin embargo, no se convenció de mis conclusiones. Mas bien, mi amigo dijo que el método científico era el que revelaría la verdad de

lo que les ocurrió a los estudiantes universitarios.

Sus hipótesis estaban definidas: En primer lugar, Felipe dependiente de las drogas pudo arrojar a sus compañeros. En segundo lugar, Pedro se vengó de la traición de Jacoba. La tercera hipótesis es que María Jesús se vengó de Santiago y su acompañante. El siguiente paso era la experimentación, es decir, probar con indicios físicos, biológicos o testigos que así fue, ese era el reto del investigador.

Las huellas de los calzados que se encontraron a lo largo de la carretera húmeda, podrían dar nuevas pistas para esclarecer la caída al río de los estudiantes. En el puente se encontraron diversas huellas de calzados y huellas de ovejas, vacas y perros.



Hola María Jesús. Hoy conversaremos de manera amigable y con libertad. Como observas, estás sentada con comodidad. Tienes al frente una gran ventana que te permitirá ver la ciudad y respirar aire puro. Este cuarto de color crema nos permite relajarnos y nos aísla de otras personas.

-Empecemos, pues.

- María, ¿algunas personas piensan que el éxito se basa en la supervivencia del más fuerte? Tú qué opinas.

-El destino natural del hombre es la adaptación. El más fuerte, truhan y bribón; se adapta y sobrevive. La zorra caza a la

oveja. La gallina se come los gusanos. La gaviota caza los peces de los ríos. En el mundo hay una relación fuerte–débil, ganador–perdedor, éxito–fracaso.

- ¿La gente que se deja estafar se lo merece, María?

-La gente que quiere se deja engañar. Si se deja estafar es porque se lo merece, ya sea por estar distraído o no hacer uso de su raciocinio. Si existen los trúhanes, es porque existen cándidos. No imagino un mundo sin embaucadores. Sería un mundo derrochador de felicidad.

- Hablemos de si los seres humanos valemos igual.

-Soy más inteligente que muchas personas y por eso valgo más que ellas. Quiero tener plata en abundancia, porque quiero tener

poder. Quiero tener poder porque quiero hacer lo que yo quiero. Si tengo dinero y poder haré historia en mi país, sino seré parte de la historia.

-Algunas personas manipulan los sentimientos de la gente.

- El ser humano tiene sentimientos innatos. Sencillamente a esos sentimientos se les estimula. Yo no tengo la culpa que una persona sienta odio hacia mí, tal vez por envidia. ¿Soy responsable si un hombre se enamora de mí y sufre porque no le hago caso? La iglesia ofrece el paraíso después de la muerte, pero el hombre necesita ser feliz aquí en la tierra cuando está vivo.

- La gente miente constantemente. ¿Hay razón justificada para mentir?

- Si todas las mujeres mienten. Yo soy mujer, por lo tanto, miento. Si fuera innato en nosotros decir la verdad, habría más conflictos entre los seres humanos. Pero, el problema surge cuando las cosas que hago para mí están bien, más para la gente, está mal. O sea, el juicio es subjetivo. ¿Quién miente?

- ¿Es fácil controlar tus impulsos?

- Si estoy enojada es difícil desaparecer mi cólera. Ante los obstáculos empiezo a temblar y si tengo un lapicero en la mano no puedo escribir. Tengo que desaparecer el problema para calmarme.

- ¿Los problemas que nos surgen en la vida diaria, son culpa de los demás?

-Mis problemas son culpa de la gente. Desaprobé Biología, por culpa del profesor. Si me enfermo de la gripe es porque, en la

calle, la gente me ha contagiado. Si no me escogen para un trabajo, es porque otra u otro se ha interpuesto. Esto da cólera que por culpa de los demás no me resulte lo que quiero. Por culpa de otras personas, estoy al frente de Ud., sino yo estaría estudiando en mi facultad.

- La gente sobrevalora el amor.

- Con dinero puedo comprar y disfrutar de todos mis antojos. En cambio, por más que tenga amor por miles de metros cúbicos guardado en mi corazón, eso no me va a calmar el hambre, no voy a dejar de tener sed. Que se golpeen el pecho los que viven de alimento espiritual.

- ¿María, solo te preocupa el resultado final de algo que haces?

- A nadie le preocupa el proceso, solo el resultado. A la gente le interesa usar su televisor antes que preocuparse de averiguar con cuánto esfuerzo ha sido construido ese aparato. A los políticos les interesa ganar las elecciones, no importa si han prometido cosas imposibles. A los mercaderes les interesa vender, no interesa que sea a costa del engaño. A los ideólogos les interesa controlar la sociedad, poco importa si es con la fuerza o la astucia. Al rico no le interesa cuánta sangre se ha derramado para fabricarse una joya, un collar de oro. A nadie le importa el proceso, a mí tampoco. Me interesa el resultado, la meta, el objetivo.

-Gracias María. Deseo que te vaya bien en todos los aspectos de tu vida.

-Gracias por tus sinceros deseos Totita.

MATEO Y PASCAL

Era domingo, con mi amigo Ayala nos encontramos en la Plaza de Armas de Qebuena. Esta plaza tiene césped en todo su perímetro. En medio de ella, hay un depósito de agua de forma circular. Y en medio del depósito, hay una figura de acero bañado por donde hay un agujero por el cual brota agua.

Como eran las nueve de la mañana, el sol no disparaba fuerte sus rayos. El aire suave era grato respirarlo. Sentados en la banca de madera despintada empezamos a sentir frío. Hubiéramos querido ir a las bancas donde llegaba el sol, pero ya llegaría el calor en nosotros. Le pedí, como hombre razonador, que me cuente las novedades del caso de los universitarios muertos hace un mes.

Me cansé de sentarme, pues mi vientre salido me incomodaba. Sentí una picazón en la cabeza y tuve que rascarme. Miré entre mis dedos grasosos, un cabello negro. Apoyé un pie sobre la banca. Observé que ya llegaba más gente a sentarse o merodear por la plaza de armas.

Mateo me contó que la psicóloga forense aplicó el Test de Psicopatía, a María Jesús Torres. Del resultado de 37 puntos, la conclusión es que María Jesús tiene rasgos psicopáticos. El resultado del Test de Psicopatía hecho a Pedro, evidencia que este tiene un nivel peligroso de agresividad, es impulsivo, y no tiene remordimientos; el de Felipe revela que es agresivo, tiene trastornos de conducta, exagerada demostración de sus deseos sexuales. En conclusión, los tres sospechosos tienen rasgos psicopáticos.

Los resultados de examen de sangre y toxicológico de Felipe, el único detenido, evidencian que él es consumidor de marihuana. Presuntamente en este estado alucinatorio, pudo haber empujado a sus compañeros sin tener consciencia de la gravedad. Se le ha notado muy preocupado en estos días.

Ha pedido a la Fiscalía ampliación de declaración y en él, está acusando a María Jesús de ser la responsable de la caída de sus compañeros. Según él, esa noche de la caída de sus amigos, vio a una mujer escondida en una chacra cercana al puente. Y no duda ahora que esa mujer es María. Ella no tendrá la culpa directamente, pero su perro sí.

“La acusación de Felipe es falsa”. Ha dicho María. *“Felipe se está vengando de mí para salvarse de lo que ha hecho a sus compañeros”.*

Los resultados de examen de sangre y toxicológico de María revelan que ella no estuvo ni drogada ni ebria. En cambio, en la sangre de Pedro, el análisis de laboratorio revela que existe restos de alcohol, en cantidad que podría deducirse que él no se dio cuenta de sus actos. Entonces pudo ser el agresor, pero su coartada, lo salva. Sin embargo, aún es inubicable el taxista que le prestó el servicio a Pedro esa noche.

Otro indicio no menos importante es las huellas de calzado y de patas de animales que recogió el papilóscopo en los dos sentidos de la carretera y el puente. Como la carretera estaba húmeda por el desborde de una acequia, se ha conseguido recoger las huellas casi intactas. Las huellas del calzado de Felipe se han recogido en la parte norte del puente, donde fue encontrado “congelado”. Las huellas

de los calzados de Pedro no se han encontrado. De las dos víctimas si existen huellas por la carretera sur. Por esta parte y en diversos puntos es que se ha recogido dos pares de huellas de patas de perro de ida y de vuelta.

De acuerdo a lo observado, estas huellas caninas sugieren que se desplazó corriendo, es decir, con un impulso de ataque. Se ha averiguado por el lugar del crimen, y se ha demostrado que los habitantes de la zona tienen perros de variados tamaños por lo que se hace difícil identificar al perro que mordió a las víctimas.

Las víctimas, según declaraciones de sus familiares, compañeros y vecinos, no estaban pasando por momentos de sufrimiento extremo que pudieran expresarlo en sus acciones. Tampoco se ha descubierto conductas de desaliento en las víctimas. Además, no hay

comportamientos de amargura exagerada tanto en la casa como en la universidad.

En la vereda existe un raspón intenso de color negro. Hechas las comparaciones, la Fiscalía ha determinado que este raspón corresponde al zapato de Santiago. Es decir, sustentado en las Leyes de Newton que: Todo objeto continúa en reposo mientras no actúe una fuerza sobre él. Una fuerza que se ejerce sobre un objeto, es ejercida por otro objeto; una fuerza en movimiento fue la causa de la caída de las víctimas.

Eran los once de la mañana, hora de comer un buen ceviche en otro local para probar qué tal preparaban el rico manjar de pescado cocido con limón y sal. Mientras caminamos, sin perder el humor, le planteé el problema y su solución.

María: Afirma que es no culpable.

Felipe: Dice que María es culpable.

Magdalena: Dice que Felipe miente, Pedro es responsable de lo que le pasó Santiago y Jacoba.

Pedro: Dice que Felipe es no inocente.

De estas declaraciones hay dos que se contradicen: La declaración de María y Felipe. A las premisas restantes los tomamos como falsas. Analizamos la declaración de Pedro. Si es falsa, Felipe no es responsable de la muerte de Santiago y Jacoba. La declaración de Magdalena si es falsa, entonces Felipe está diciendo la verdad. Estudiando las declaraciones contradictorias, del que una es verdadera y la otra es falsa: Por deducción de la declaración de Magdalena, la declaración de Felipe es verdadera, por lo tanto, quien está mintiendo es María Jesús. Asunto resuelto, nuevamente le doy el nombre

de la responsable de la muerte de los jóvenes universitarios. Mi amigo sonrió. No quiso comprometerse con las deducciones lógicas.

MARIA JESUS TORRES

El Fiscal me dijo que yo debía decir la verdad si yo no quería perder mi libertad, o mentir si yo quería ir a la cárcel. Para contradecirle dije que yo le iba a mentir en mi declaración acusándome a mí misma de ser la responsable de la muerte de las víctimas. Yo estoy mintiendo le repetí varias veces. El Fiscal se amargó y me dijo que por mentirosa pierdo mi libertad. Si al inicio dije que mentía y por lo tanto perdía mi libertad, y después se cumple lo que dije: he dicho la verdad. Y si he dicho la verdad, el Fiscal debe dejarme en libertad.

Me doy cuenta que me obligan a repetir mi declaración para hacerme caer en contradicciones. El hecho de imaginar que

a Santiago le saco las uñas con alicate, o le paso electricidad por su pene o desear que a Jacoba la violen diez hombres no es sustento para que me quieran acusar de asesina. Pues ya lo dice el refrán: “del dicho al hecho hay mucho trecho”. Puedo imaginar que Santiago y Jacoba están pagando sus culpas de pecadores en el lugar donde no hay luz, solo brasas de fuego. Ja, ja, ja, pero solo es imaginación incontrolable.

Mi inquisidor, Felipe, el drogadicto de mier…, quiere que yo cargue con sus estupideces hechas. No sé qué le pasa a ese bribón. Ante el Fiscal me acusa. Le gusta nombrar mi nombre, por eso me amarga. En la universidad me miran raro.

He tenido que comprar un sobre de veneno para ratas “Campeón” a una vendedora ambulante de la calle; y una jeringa en la farmacia. Luego

el sobre de veneno lo abrirlo con cuidado y vaciar su contenido en un vaso descartable, y luego sobre los granitos de “Campeón” vaciar agua caliente.

Fui moviendo el contenido con un palito durante varios minutos. Cuando me di cuenta que el agua se había enfriado alisté la jeringa, este succionó el veneno líquido. Yo tenía cinco naranjas sobre la mesa. Cogí una de ellas y le inyecté suavemente el veneno en diferentes puntos de la superficie de la naranja. Luego repetí el procedimiento con una mandarina de siete que tenía. Es decir, quedaron cuatro naranjas y seis mandarinas sin veneno. Le pagué cincuenta soles a una señora que vendía caramelos en la avenida, para que lo lleve a la cárcel donde cumplía prisión preventiva Felipe. Ella se haría pasar como la tía del acusado y entregaría

las frutas a su nombre. La señora aceptó viendo el billete. Yo la seguí a cien metros.

Si los que cuidaban y autorizaban el recibimiento de las cosas de los presos, cogían una mandarina y una naranja para comprobar que están sanos, la probabilidad de sacar la naranja envenenada era una sobre cinco. La de la mandarina era una sobre siete. Con estos datos de probabilidad, yo estaba convencida que las frutas envenenadas llegarían a su destino. Observé que la señora entregó las frutas al cuidador de la entrada, rápido me retiré.

Fui al hospital, me senté al frente de la entrada de emergencias. Si era necesario, yo estaría todo el día, esperando lo que yo quería que sucediera. No almorcé, aguanté el calor. Durante el día entraron varias ambulancias al hospital, pero preguntando al

vigilante quién o quiénes estaban en las camillas me enteré que eran mujeres golpeadas o ancianos. Me fui molesta, arrepentida de haber perdido mis clases por hacer una tontería.

Al día siguiente, prendí la radio para escuchar algo que me alegre la vida. Escuché que un reo de nombre Felipe Amat había quedado en libertad gracias a la bondadosa decisión del Fiscal. Este ya tenía en proyecto detener a otra víctima de su incompetencia legal.

PASCAL YUPANQUI

Me enteré que encontraron el cuerpo sin vida de un joven desconocido en el césped de la plazuela que queda al sur de la universidad de la ciudad. Como jefe de investigación criminal fui a hacer mi trabajo. Al llegar a la plazuela vi en el pavimento rastros de sangre ya seca. Me acerqué al cuerpo y me dio horror mirarlo. El hombre tenía el rostro cortado hecho hilachas. Los ojos saltones parecían querer liberarse de sus órbitas. La ropa estaba manchada de sangre. Me puse los guantes y traté de ver el estado de los huesos de la pierna. Estos estaban rotos. Igual los huesos de los brazos estaban quebrados. Busqué el origen de la sangre y lo encontré en el cuello. La yugular estaba abierta.

Recordé que ese rostro lo había visto. Hice el esfuerzo de recordarlo, pero los cortes no lo permitían.

La gente fue aumentando y no dejaban que mi trabajo sea agradable. Como la plazuela estaba rodeada de casas aproximadamente cien metros de distancia interrogué a los propietarios si habían visto algo. Ninguno de los vecinos vio nada, pues la mayoría de los focos de la plazuela están malogrados y por eso la visita de gentes de mal vivir en las noches. No escucharon gritos de auxilio. Tampoco disparos o peleas entre personas. Es decir, la noche pasada fue tranquila por el lugar.

Indagué entre los curiosos si alguien había visto lo ocurrido en la noche. Escuché que un viejito contaba a unas señoras lo que vio. Me sorprendió los detalles que daba. El anciano

dijo que el occiso estaba fumando sentado en la banca de la plazuela. El anciano pasó por el lugar buscando botellas de plástico en los contenedores de basura que hay a cada diez metros dentro de la plazuela.

Repentinamente de una esquina apareció veloz un perro negro corpulento y grande. Este atacó al joven fallecido. El joven se levantó desesperadamente, pero el perro lo tumbó. El joven pidió auxilio. El anciano corrió y como no había piedra ni palo con qué defender al joven, con botellas de plástico golpeó al perro, pero este no se soltó del cuello del joven. El anciano sin advertir del peligro le pateó al perro en el lomo, en la boca, en la cabeza, sin embargo, sus dientes estaban encajados al cuello del que brotaba abundante sangre. El joven comenzó a convulsionar. El anciano pidió, ayuda, pero nadie apareció.

Según el viejo, el hecho sucedió a la medianoche. El perro enloqueció y comenzó por morder la cara y las piernas y los brazos. El anciano se asustó y como pudo escapó del lugar temiendo que el perro vaya tras él.

Fue al hospital y por la puerta de emergencia no lo dejaron entrar porque no tenía mordedura de gravedad. El anciano dice que vio a un patrullero y avisó del asesinato a los dos policías. Estos se rieron al no creer que un perro haya matado a un hombre. Sin embargo, los agentes de la policía le prometieron que de inmediato intervendrían. El anciano dejó de recoger sus botellas y se fue a su casa.

Le intervine al viejo y le dije que me cuente lo que había visto, sin embargo, se negó diciendo que no había visto nada. Que solo

era fantasía o un sueño lo que estaba relatando a las señoras.

El Fiscal vino y ordenó el levantamiento del cadáver. Gracias a su huella digital fue identificado como Felipe Amat. Quedé absorto ante sorpresiva revelación. El sospechoso de la muerte de sus compañeros de universidad moría a manos de un can. El médico legista confirmó que las heridas y cortes en la cara y cuerpo del occiso correspondían a la de un perro, uno fiero, fuerte y grande.

He estado averiguando si era casualidad que en los asesinatos tenga participación principal un perro. He investigado minuciosamente las personas que tienen relación con las víctimas. Varios tienen perros. Pero hay una persona que tiene un perro negro Rottweiler. He estado rondando la

casa de la propietaria y no he logrado ver que lo tenga en la calle. No tengo la foto del animal que es clave para que los testigos reconozcan y yo tenga una prueba fiable con qué detener a la propietaria del perro.

Una noche me acerqué a la puerta de la casa de María Jesús, la ex enamorada de Santiago. El perro seguramente olfateó mi presencia y ladró furioso queriendo romper la puerta. Me retiré habiendo comprobado que en esa casa si existe un perro agresivo y por la voz bravo y fuerte.

MARIA JESUS TORRES

A María le causó fastidió y cólera que su amiga Magdalena le contara que vio a Mateo Ayala, ese viejo gordo y meditabundo, observando el puente y haciendo mediciones raras. Acaso no trabajaba en la comisaría este señor. Qué obsesión tenía con el puente.

María sospechó que el gordo estaba investigando el crimen de Santiago y Jacoba y que podría descubrir la verdad de lo sucedido esa noche. Para qué sino iba a tomar fotos, escudriñar el pavimento, hacer mediciones de altura de longitud con una minuciosidad no vista en otras actividades.

Desde esa vez, María caminaba una vez al día pasando por la calle del puente. En una ocasión encontró en el puente al gordo

investigador. Ella lo saludó y siguió caminando. María desesperada tomó un taxi y regresó a su casa. De él desató a su perro y nuevamente tomó otro taxi para que lo lleve cerca del puente. Con su perro atado a una cadena se ocultó en un bosque desde el cual se veía partes de la calle. Esperó que el gordo se vaya con dirección a una calle que llevaba hacia el punto oeste de la universidad. Por esa dirección quedaba la comisaría.

El gordo silba una melodía romántica. Se acuerda de su querida que le exprimía la próstata todas las noches. En su frente aparecen gotas de sudor que cuelgan y no quieren caer. Serían las once y media y quería ver a su amigo Pascal para decirle sus sospechas de la autoría de las tres muertes. Su pulso se acelera y agitado camina una calle

en forma de pendiente. El hombre de contextura gruesa camina con pasos lentos y cortos, con la cabeza gacha y meditabunda. Entra a una calle silenciosa. Él observa que no hay ninguna persona caminando por allí. Se alegra de caminar sin ser molestado y exclama: “¡Ojalá fueran así todas las calles!”. Mateo entra al jirón Huayna Cápac y de lejos ve un carro que se desplaza a gran velocidad en sentido contrario al que él camina. Él se siente tranquilo, pues está sobre la acera. Escucha un sonido veloz como de carrera de caballos, voltea y ya un perro negro y robusto se le iba encima. Él, para evitar ser mordido baja apurado a la calzada con el fin de cruzarlo. El carro no frena a tiempo haciendo volar cien metros por los aires a Mateo. Esa frenada tardía del carro deja una huella negra sobre la calzada. El chofer sale del auto con

el rostro espantado y de nuevo se mete a su auto y emprende la fuga a toda velocidad destrozando el cuerpo de Mateo por segunda vez. El perro ya había volteado por la esquina y en medio de la calle se bronquea con otro perro más chico que él. El perro negro lo coge del cuello al perrito y no lo suelta a pesar de los golpes con palos y patadas del dueño. Una voz femenina llama al Rottweiler y el perro deja al perrito moribundo y huye hasta la otra esquina y desaparece. El dueño corre teniendo un fierro en la mano, pero en la calle perpendicular no encuentra al perro agresor.

El viejo canoso y gordo había fallecido rápido. La gente se amontonó en el lugar y la policía no hacía sino esperar al Fiscal para que ordene el levantamiento del cadáver. Mateo tenía el rostro despellejado. Las manos

dislocadas estaban hacia la espalda. El pantalón estaba sucio y rota en la parte de las rodillas. El charco de sangre sobre el que nadaba el cuerpo estaba ennegrecido. Los ojos querían salir de sus órbitas. La cabeza estaba abierta como si hubiera recibido un machetazo.

PASCAL YUPANQUI

Caracho. El primer asesinato sucedió al norte de la Universidad a la medianoche aproximadamente. El segundo asesinato pasó al sur de la universidad a la medianoche. La tercera muerte, el de mi amigo Mateo, ha sucedido al oeste de la universidad, en horas del día, a las once y media de la mañana. Esto no es coincidencia. El asesino o la asesina debe ser una persona estudiada, alguien que conoce la matemática. Esta persona no sé si por brujería, obsesión o cálculo va a cometer un crimen al este de la ciudad. Sospecho que María, la ex enamorada de Santiago puede convertirse en víctima.

He averiguado que el primer asesinato ocurrió un lunes, el segundo un miércoles y el tercero un viernes, entonces yo puedo prevenir que ocurra otro asesinato hoy domingo. Si el razonamiento no falla, hoy se cometerá un crimen. Yo puedo avisar a la policía, pero me creerán un loco o bromista si les digo que voy a prevenir un crimen.

Me he tomado el trabajo de medir la distancia entre el puente donde ocurrió la muerte de la pareja de jóvenes y el muchacho que murió en la plazuela. He contado mil pasos. Luego he caminado con dirección al lugar donde murió Mateo. Se repite mil pasos exactos. De acuerdo al dibujo que he hecho en una hoja, el puente, la plazuela y la calle donde murió Mateo forma un cuadrado. Faltaría saber la arista que falta. Tengo que caminar en dirección longitudinal contando mil pasos.

En ese punto se va a cometer un asesinato. Yo quiero ser la persona que evite ese asesinato y descubra al asesino de la muerte de mi amigo para que pague su delito. Voy caminando y me sorprende que me vaya alejando de la ciudad y entre por un bosque de eucalipto. Felizmente no veo perros que se acerquen para atacarme. Lo que veo, están durmiendo en la puerta de las casas de sus dueños.

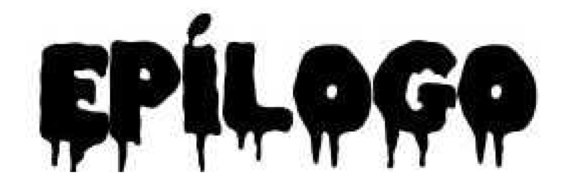
Hoy voy a hacer dos grandes cosas: voy a capturar a un asesino o asesina y; evitaré un asesinato. Sé que no estoy armado. Pero tengo la fuerza y la astucia para apresar al culpable de la muerte de mi amigo. Lo voy a sorprender. Ojalá tuviera una pistola para matarlo y no dejarlo a las manos blandas de las autoridades judiciales. No corro peligro. Gritaré si mi seguridad empeora. Mejor le envío un mensaje de texto a la oficina de la

comisaría. El nuevo jefe de investigación es un huevón que ha mandado al archivo la investigación de mi amigo. Son las once y media de la mañana. He avanzado bastante. Me duele los pies de tanto caminar. Aquí no vive gente. Ni siquiera veo vacas o burros o caballos. Estos pajaritos cantan o alaban a Dios o a la naturaleza.

Este es el lugar y no veo a nadie. Ni un perro. La acequia debe estar cerca. Escucho el rugir de las aguas que seguramente son cristalinas. Por si acaso espero un rato. Total, no pierdo nada si no ocurre nada en este lugar. Mi hipótesis sería descartada, pero estoy convencido de mi razonamiento que por este lugar va a estar el asesino o la asesina.

Voy a descansar en este tronco. Mierda, hay hormigas en este pedazo de árbol. Mejor me

siento en la roca. A ver, primero, observo la parte de arriba, no hay nada. La parte de abajo tampoco. Qué frío siento que me pasa por el culo y qué dureza que afecta mis huesos.



Dormí pensando en mi perro. Soñé que me encontraba en un cuarto y de noche, sin luz. Varios perros me atacaban. Yo los cogía del hocico y los partía en dos, la boca. Sin embargo, un perro negro más grande me mordió del pie y no me soltó. Tuve que hacer un esfuerzo para coger un pulverizador de alcohol cuyo volumen era de cinco litros. Rocié al can con el líquido evaporante. Y sin temor a quemarme prendí un fósforo. El perro se prendió. Me soltó el pie y yo sin razonar le seguía rociando alcohol. El perro daba gritos desesperantes, sin embargo, yo seguí atizando el fuego hasta que el can se

convirtió en ceniza. Desperté agitado y me tranquilicé viendo la claridad.

Había llegado el momento de partir al bosque. A mi perro no le di de comer. Él estaba hambriento. Un taxi me llevó al lugar en media hora. Me escondí detrás de un tronco. La espera fue eterna. Cuando vi que llegó el soplón y solo, me descubrí. Yo quería terminar de una vez este asunto que me tenía preocupada y meditabunda.

Mi perro estaba a mi lado con bozal. El amigo del policía quedose sorprendido al quedar expuesto a un inminente ataque de mi perro. Yo le daba órdenes a mi perro y este se ponía de dos patas. Yo hacía gestos y mi perro se volvía furioso. Para no perder el tiempo escuchando las suplicas de la víctima que ya me cansaban sus lágrimas y su voz quebrada, quité el bozal a mi perro. Le di órdenes de

morder el cuello. Empecé por soltar poco a poco la cadena que ataba al perro. Este abría su boca poderosa y mordía al aire con sus fauces filudas y destructoras. Lo inevitable tenía que suceder. Las lágrimas o las imploraciones a Dios, a la virgen no lo evitarían. Dios no tenía poder sobre mi voluntad.

El soplón me dijo que solo era un estudioso del razonamiento matemático. Que no sabía por qué yo le quería hacer daño. Que solo había ido a pasear, relajarse, a respirar aire puro al bosque. Sin embargo, le desenmascaré de frente. Él era quien quería involucrame como autora de las muertes recientes en la ciudad. Le dije que yo a propósito había inducido a mi perro para que se cometan el primer asesinato a mi ex pareja sin planearlo. El segundo y el tercer asesinato si lo planeé

para que coincidan los puntos cardinales para tenderle una trampa al entrometido que voluntariamente se la da de investigador. Nadie lo va a salvar señor. No debió investigar lo que no debe. Solté a mi perro que con un ímpetu sobrehumano se lanzó sobre el hombre asustado.

Escuché voces de hombres. Detonó en el aire varios disparos. Emprendí la fuga. Eran policías por el tono agresivo y envalentonado. La víctima de mi perro se defendía con un palo de eucalipto y pedía auxilio. Escuché dos disparos y el llanto quejumbroso de mi perro. Imaginé que a mi perro le habían baleado. No pudiendo escapar, me subí a un arbusto de follaje abundante. En él estuve mirando el suelo por los intersticios de las hojas. Un policía joven me apuntó. Me bajaba o disparaba. Tuve que

hacerlo dejando caer varias hojas secas del arbusto.

Me enmarrocaron y con una fuerza bruta me torcieron los brazos. Yo aguante el dolor. Los demás policías me decían absortos que no creían que yo fuera una asesina. Llegamos a donde estaba el razonador ensangrentado del brazo derecho. Vino hacía mí y me dio un puntapié en el muslo izquierdo, el cual se dobló y tuve que arrodillarme no pudiendo soportar el peso de mi cuerpo. El policía que me guiaba le dijo al razonador que se calme que la justicia se encargaría de darme el castigo que lo merecía. Bajamos hasta la pista sin asfaltar. Fue un impulso automático. Me lancé delante de un carro station wagon, este frenó y apenas me golpeó.

En ambulancia me trasladaron al hospital. La sirena gritaba como un toro bramador que me

irritaba. Cuando me sacaron de la ambulancia en una camilla miré el cielo infinito donde nubes de nácar se desplazaban con libertad.

En el hospital, un doctor viejo y con gesto hosco, me revisó las “heridas” y “golpes” manifestando que solo eran leves. Ahora o en una hora se cumplirá el destino que estoy infiriendo. Tal vez en unos minutos. Pero si voy a ir donde perderé mi libertad debo vengarme del responsable.

Me levanté de mi cama y rápido me agencié de un fierro pequeño que rompí de la cama. Tiré un medicamento a la ventana, el cual el vidrio se rompió. Me pegué en la pared junto a la puerta. El policía entró apurado. No lo pensé y le clavé el tubo de fierro en el cuello. El agente exclamó un ¡ay conchadetumadre! Sacó su arma y me disparó, pero logré esquivarlo. Sin embargo, una bala me cayó en el muslo

derecho con lo que arrastrándome salí del cuarto antes que las balas del lunático me cayeran en el cuerpo o la cabeza. Varios médicos y enfermeras vinieron y me levantaron. Yo les dije que el policía estaba loco y que me lleven a otro cuarto.

Me he enterado que los médicos lograron contener la hemorragia de la vena yugular del policía. Me llevaron a la sala de cirugía. Allí me inyectaron anestesia. No sentí nada cuando me cortaron el muslo y sacaron la bala depositada en él. Dos policías que llegaron al hospital para cuidarme se quejaron ante el médico del porqué me salvaban. El médico le dijo que todos tienen derecho a la vida.

Mi madre llegó asustada y me abrazó fuerte. Me contó que el policía era malcriado que no le quiso dejar entrar si no es por la recomendación del médico. Yo le juré a mi

madre que todo lo que me acusaban era falso. La gente me tenía envidia. Si mi perro los atacó fue porque me quisieron hacer daño esos hombres. El policía quiso tocarme en ausencia de la enfermera. Pobre mi madre. Ella lloraba temiendo que del hospital yo fuera directo a la cárcel.

Días después mi padre vino a visitarme. Él tenía un gesto serio y mortificado. Trajo como acompañante un joven que estaba vestido de terno azul marino. El joven era un buen abogado. Este me dijo que si yo quería librarme de la acusación que me habían hecho los policías y un desconocido que era matemático, tenía que contarle la verdad. Pues con esos datos prepararía una buena defensa. Yo lo negué todas las acusaciones. Mi perro había atacado a esas personas, pero yo no tenía control de la voluntad del can.

Bendito sea Dios que el abogado que me defendía logró que me procesen con arresto domiciliario. El abogado fue el que correteó haciendo los trámites y dándonos a conocer las notificaciones judiciales.

En seis meses de proceso fui declarada inocente. Pues yo jamás toqué a esas personas fallecidas. Mi abogado logró conciliar con el policía para pagarle treinta mil soles como indemnización. Mi padre tuvo que gastar su capital de negociante. Los familiares de Felipe y Santiago y Jacoba, vinieron a mi casa a gritar, tiraron piedras sobre las lunas y querían entrar a la casa, según escuché para lincharme.

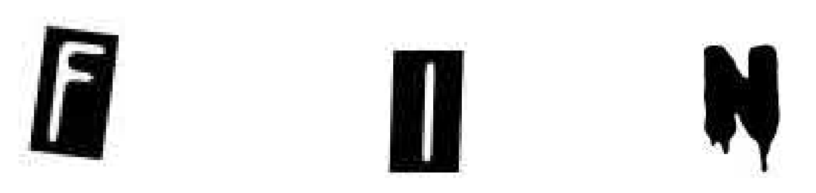
Mi madre que se encontraba asustada llamó a mi padre. Este seguramente comunicó a la policía y felizmente se aparecieron los agentes y haciendo disparos al aire lograron

dispersar a los alocados y descontrolados familiares.

Mi padre no lo pensó más. Esa misma noche me puse una gorra en la cabeza y mi cabello lo recogí dentro de él. Me puse un pantalón de varón. Entré a un taxi acompañado de mis dos hermanos menores y mis padres. El carro nos llevó al terminal de una empresa de transportes. La despedida fue triste. Hubo lágrimas y quejas.

Al amanecer llegué a la capital. Aquí me esperaba mi tía, hermana de mi padre. Nos fuimos otra vez en un taxi. El viaje duró una hora. Llegamos a su casa ubicada en la avenida Abancay 1004. Mi padre se ha encargado de enviar mis documentos de estudio. Mi tía me ha matriculado en una universidad privada. Estoy continuando mis estudios de manera virtual. Nadie tiene que descubrirme que

estoy en Lima. Y si alguien quiere conocerme, pues no me niego. Pronto seré enfermera y estaré laborando en un hospital. Seguiré teniendo contacto con los enfermos. De mí dependerá si vive o no una persona. Ja, ja, ja…



INDICE

